



CAPÍTULO I



Él —porque no había duda de su sexo, aunque la moda de la época lo disimulase en parte— se entretenía en fingir que cortaba la cabeza de un moro que pendía de las vigas del techo. Tenía el color de un balón de fútbol viejo y más o menos la misma forma, salvo por las mejillas hundidas y un par de mechones de pelo seco y áspero, como el pelo de un coco. El padre de Orlando, o tal vez su abuelo, la había rebanado de los hombros de un corpulento pagano que había surgido de improviso a la luz de la luna en los bárbaros campos de África; y ahora se mecía, con delicadeza y sin cesar, gracias a la brisa que jamás dejaba de soplar por el inmenso ático de la gigantesca casa del lord que lo había asesinado.

Los ancestros de Orlando habían cabalgado por campos de asfódelos y campos pedregosos y campos regados por ríos extraños, y habían separado muchas cabezas de muchos colores de muchos hombros, para llevárselas a casa y colgarlas de los travesaños. Orlando juró que él haría lo mismo. Pero como solo tenía dieciséis años y era demasiado joven para acompañarlos a África o a Francia, se escabullía de su madre y de los pavos reales del jardín e iba a su habitación en el ático para dedicarse a blandir la espada y cortar, rebanar y clavar estocadas al aire. De vez en cuando, cortaba la cuerda sin querer y la calavera caía con estrépito, y tenía que volver a atarla; la sujetaba con una cortesía admirable, de modo que su enemigo le sonreía victorioso con los labios negros y encogidos. El cráneo se balanceaba adelante y atrás, porque la casa en cuya buhardilla vivía era tan grande que parecía haber atrapado el viento mismo, un viento que soplaba ahora en esta dirección, ahora en aquella, tanto en invierno como en verano. El tapiz de Arras verde de

los cazadores también se movía sin cesar. Sus ancestros habían sido nobles desde su aparición en el mundo. Habían surgido de las neblinas septentrionales con coronas en la cabeza. ¿Acaso las barras de oscuridad proyectadas en la habitación y los charcos de luz que formaban un mosaico en el suelo no eran fruto del sol que se filtraba por el inmenso escudo de armas pintado en la vidriera de la ventana? Ahora mismo Orlando se hallaba en medio del cuerpo amarillo de un leopardo heráldico. Cuando apoyó la mano en el alféizar para abrir la ventana de un empujón, de inmediato se tiñó de rojo, azul y amarillo, como el ala de una mariposa. Así, quienes son aficionados a los símbolos y gustan de descifrarlos podrían percatarse de que, aunque las hermosas piernas, el apuesto cuerpo y los hombros bien torneados estaban decorados por completo con distintos tonos de luz heráldica, la cara de Orlando, al abrir la ventana, quedó iluminada únicamente por la luz del sol. Es imposible encontrar una cara más cándida y taciturna. ¡Feliz la madre que lo engendró, aún más feliz el biógrafo que relata la vida de semejante rostro! Jamás necesitará rebajarse ella ni invocar él la ayuda de los novelistas o los poetas. De acto en acto, de gloria en gloria, de cargo en cargo irá, y su pluma lo seguirá, hasta que alcance el lugar en el que se halle la altura máxima de su deseo. Contemplar a Orlando era saber que estaba hecho para tal misión. El rojo de las mejillas estaba rebajado con un tono melocotón; el vello por encima del labio era solo un ápice más grueso que el de las mejillas. Los labios en sí eran finos y algo retirados sobre unos dientes de una blancura almendrada y exquisita. Nada entorpecía la breve y recta trayectoria de la flecha que era su nariz; el pelo era oscuro, las orejas pequeñas y pegadas a la cabeza, como convenía. Pero, ay, ese catálogo de belleza juvenil no puede terminar sin mencionar la frente y los dos ojos. Pues sí, rara vez nacen las personas privadas de esos tres elementos; y, en efecto, al observar a Orlando de pie junto a la ventana, debemos admitir que tenía los ojos como violetas empapadas; tan enormes que parecía que el agua hubiera rebozado en ellos y los hubiera agrandado; y una frente como la protube-

rancia de una cúpula de mármol prensada entre dos medallones vacíos que eran sus sienes. Al observar los ojos y la frente, crece nuestro entusiasmo. Al observar los ojos y la frente, debemos admitir un millar de defectos que cualquier buen biógrafo tiene la obligación de obviar. Algunas vistas lo inquietaban, como la de su madre, una dama muy bella vestida de verde que había salido a dar de comer a los pavos reales con Twichett, su criada, a la zaga; algunas vistas lo alteraban: los pájaros y los árboles; y le hacían enamorarse de la muerte: el cielo vespertino, los grajos que se recogían en los nidos; y así, al subir la escalera de caracol que conducía a su mente —que era espaciosa— todas esas vistas, así como los sonidos del jardín, el golpeteo del martillo, el hacha talando madera, empezaron esa refriega y confusión de las pasiones y emociones que todo buen biógrafo detesta. Pero continuemos... Orlando metió la cabeza despacio, se sentó a la mesa y, con el aire medio ausente de quien hace lo mismo que hace todos los días de su vida a esa hora, sacó un cuaderno titulado «Adalberto: Tragedia en cinco actos» y mojó una pluma de ganso vieja y manchada en el tintero.